

## FILÓSOFOS Y ORADORES. FILOSOFÍA EN LA RETÓRICA, RETÓRICA EN LA FILOSOFÍA<sup>1</sup>

Adelino Cattani  
Università di Padova  
(Italia)

### Resumen

La exposición se basa en una doble pregunta: “Si hay filosofía en la retórica y si existe retórica en la filosofía, y en qué medida se da dicha existencia”. La pregunta puede sorprender, porque entre la filosofía y la retórica siempre ha habido antagonismo. El enfrentamiento entre los filósofos y los oradores se centra esencialmente en la relación pensamiento/lenguaje y en su respectiva concepción del *bene*: el hablar “bien” de los filósofos y el hablar “bien” de los oradores/rétores. Para el filósofo el *bene dicendi* consiste en decir lo verdadero y lo justo, para el orador consiste en comunicar de manera persuasiva. La verdad, la “verdad desnuda”, también la verdad filosófica, debería hablar por sí misma y no debería necesitar oropeles retóricas. Sin embargo, una consideración tanto histórica como teórica demuestra que la retórica no está ausente en la filosofía. También se puede sostener que cada argumento filosófico es inevitablemente retórico y que la retórica es una forma de filosofía. Porque, para decirlo aforísticamente: es necesario tener razón y saberla expresar, pero no es suficiente; se necesita también ser capaz de hacerla reconocer.

**Palabras clave:** filosofía - retórica - elocuencia - oratoria - debate.

Uno de los objetivos anunciados por este Foro es reflexionar sobre las relaciones entre la retórica y otras disciplinas. Me he propuesto por ello examinar la relación entre la filosofía y la retórica, en particular intentar responder al interrogante: ¿Si hay filosofía en la retórica y si existe retórica en la filosofía, y en qué medida se da dicha existencia?

Para tal fin consideraré en primer lugar qué ha hecho/ hace quien practica filosofía y qué ha hecho/hace quien practica retórica.

¿Qué hacen, en la actualidad, los rétores? Luego de una extensa declinación, la retórica se ha situado con fuerza en la vanguardia del saber de dos maneras: como “teoría general del discurso y la comunicación” (la retórica como técnica abarcadora y totalizante, el *imperio de la retórica*, más vasto y más tenaz que cualquier imperio político, diría Barthes)

---

<sup>1</sup> Traducción del italiano: María Alejandra Vitale. Revisión de la traducción: Diego Bentivegna. Como excepción, este número de *Rétor* publica traducciones de artículos porque parte de ellos fueron leídos como conferencias en el I Foro de Intercambio entre Equipos de Investigación en Estudios Retóricos, organizado por la Asociación Argentina de Retórica en la Facultad de Derecho, UBA, el 17 y 18 de junio de 2011.

y como “teoría de la argumentación” (la retórica como antídoto contra la violencia y garantía de la democracia, la retórica de las “buenas razones” de Perelman).

¿Qué hacen los filósofos? Alguien, muy influyente, ha sostenido, de modo simplista y drástico, que la filosofía ha muerto, que no tiene nada más que decir: nos basta la ciencia, tan sólo ella nos es útil para explicar el mundo (Hawking e Mlodinow, 2010). Pero, por suerte, todavía podemos encontrar algún filósofo en circulación. ¿Qué hace dicho filósofo? ¿Demuestra? La respuesta, claramente, es no, porque la filosofía es históricamente una secuencia ininterrumpida de teorías rivales y de pensadores en contraste entre sí. ¿Explica? La respuesta es: intenta explicar, pero su explicación no es nunca definitiva; nunca un filósofo responde con un sí o un no teminante. Pretender eso sería como pedirle a un tenista que haga un gol, para usar una célebre imagen de origen neopositivista.

Los filósofos no demuestran ni explican sino que argumentan y la argumentación es el instrumento de la retórica y de la controversia.

## FILÓSOFOS Y RÉTORES

Platón contra Isócrates, Boezio contra Cassiodoro, Thomas H. Huxley contra Matthew Arnold, John Dewey contra Jacques Maritain, representan diferentes puntos de vista opuestos entre sí, filosófico uno y oratorio el otro, que han interactuado de modo controversial durante toda la historia del pensamiento y de la educación, desde la antigüedad hasta nuestros días.

En una hipotética competencia entre los filósofos defensores y detractores de la retórica, el equipo de los que están en contra ganaría en número y en fuerza.

Más allá de Platón, una drástica condena de la retórica, juzgada engañosa y falsa, es pronunciada por John Locke:

la retórica, poderoso instrumento de error y de engaño [...] como el bello sexo tiene en sí mismo encantos demasiado poderosos que llevan a tolerar que nunca se hable en su contra. Y vano es denunciar las artes del engaño, en las que los hombres encuentran placer al ser engañados. (Locke, 1974: III, X, 34)

También Kant se ubica del lado de los críticos de la “ars oratoria”, entendida como arte de persuadir, “es decir, de engañar con una bella apariencia”: “El arte oratorio, en cuanto arte de servirse de la debilidad humana para los propios fines (sean supuesta o realmente buenos) no merece ninguna estima”. Los motivos de su condena, que retoma temas e ideas

antiguos, están explicados en una nota de la *Crítica del juicio*<sup>2</sup> y se resumen en la aversión por la palabra impura, esclava y liberticida, de la que la retórica parece la institucionalización (Kant, 2005).

A pesar de los juicios expresados por los filósofos sobre la retórica, entre los cuales los anteriores son sólo una pequeña muestra, a mitad del siglo pasado se ha reafirmado la importancia también filosófica de la retórica, bien expresada, por ejemplo, por Ernesto Grassi. El filósofo ítalo-alemán se ha ocupado en particular de la relación entre la retórica y la filosofía y ha llegado a la sorprendente convicción de que la retórica no sería una simple modalidad de expresión orientada a la persuasión, sino un acto constitutivo y fundante del pensamiento humano: el *ingenium* retórico constituye “el fundamento de cada proceso racional, derivativo” (Grassi, 1980: 34) y la retórica no es algo que se añade a la filosofía, sino que es su punto de partida.<sup>3</sup>

Entre los pensadores modernos, el primero en haber llamado la atención sobre la dimensión ineludiblemente retórica de la palabra ha sido Nietzsche.<sup>4</sup> Nietzsche no sólo ha hablado de la retórica sino que ha hablado, y ha hecho filosofía, retóricamente; al punto de que ha sido considerado un poeta manipulador, precisamente un rétor-orador. Alguien lo ha definido como “un filósofo en contra de los filósofos”.

Esto demuestra una vez más, por si fuera necesario, que la filosofía es esencialmente e irremediabilmente controversial. Lo es no tanto en el sentido banal según el cual no existe tesis que un filósofo no haya sostenido (se quejan de eso tanto el orador Cicerón como el filósofo Descartes), sino en el sentido de que la filosofía es una perenne confrontación de posiciones diversas y contrarias.

Tanto Descartes como Nietzsche son considerados filósofos, pero el primero hace filosofía de manera articulada, rigurosa y de acuerdo con un módulo lógico-silogístico, mientras que el segundo la hace de manera sentenciosa y en forma explícitamente retórica. Asimismo, tomemos a Aristóteles y a Kierkegaard, leamos un texto de Kant y uno de Wittgenstein, confrontemos Heidegger con Carnap: si todos son definibles con razón como filósofos, significa que la filosofía se dice de muchos modos y contempla contenidos y

---

<sup>2</sup> Ver Kant (2006, I, 1, 53).

<sup>3</sup> Grassi valora el humanismo italiano, en contra de tradición científica. Considera central la metafóricidad y el *ingenium* que se manifiesta en la imaginación, en la acción y en el lenguaje. Generalmente se considera que la metáfora no es otra cosa que un adorno del lenguaje que nada añade a su sustancia.

<sup>4</sup> En sus lecciones de Basilea sobre la retórica (Nietzsche, 1912).

estilos de lo más diversos. ¿Cuál es la diferencia entre los pensadores mencionados, si todos son filósofos? Lo que los distingue es una particular “retórica filosófica” (Mason, 1989).

Hoy todavía tendemos a tomar distancia de la retórica. La tradición oratoria y la filosófica se han divorciado; discurso y razón, *oratio* e *ratio* son dos enfoques que en competencia.

Por cierto, los oradores de la antigüedad eran dogmáticos: pensaban que la tarea de la educación era impartir la verdad.

Por cierto, la retórica se transformó en sofística.

Por cierto, la retórica deviene poco a poco un vacío arte declamatorio.

Esto justifica la condena y los juicios constantemente negativos pronunciados por los filósofos que se oponen a la retórica, considerada corrupta y corruptora desde todo punto de vista, por sus vicios intrínsecos de naturaleza cognitiva, metodológica, ética y social. La retórica ha sido en efecto juzgada como:

- un modo de razonar *vicioso* porque no tiene fundamento o está fundado sobre bases irracionales o a-rationales;
- un procedimiento *falaz* porque es superficial, aforístico y entimemático;
- un arte *engañoso* porque es indiferente a la distinción verdadero/falso o, peor, capaz de hacer pasar lo falso por verdadero.
- peligrosa por su parcialidad, demagogia y poder de seducción.

Cuando la retórica se ejerce en el debate, existe el temor de que tan sólo cree individuos brillantes que tienen siempre una respuesta aparente para todo en todas las situaciones, es decir contendientes capaces de encontrar argumentos falaces y falsas razones, que siempre saben cómo responder y como mentir.

#### **FILOSOFÍA, RETÓRICA Y VERDAD**

Pero desde el momento en que el filósofo comenzó a interrogarse más problemáticamente sobre la verdad, integrando su indagación sobre la verdad con la cláusula *if any* y desde que el rétor ha comenzado a cultivar sus “florete dialécticos” en lugar de sus “florete retóricos”, la relación entre filosofía y retórica ha ido cambiando.

En particular desde que la filosofía ha comenzado a ocuparse en profundidad del lenguaje, el *cómo decir* (la forma) no constituye más un conflicto insalvable con el *qué decir* (el contenido).

Finalmente, desde que la filosofía toma en cuenta la controversia, el filósofo, actor en general un poco monológico y solipsístico, debe lidiar con la disputa, con la disputa comprendida sea como forma de intercambio dialógico-cooperativo sea como forma de intercambio polémico-competitivo.

Así hoy podemos decir que, junto con sus conocidos defectos y limitaciones, a la retórica se le reconocen las siguientes cualidades y valores.

Desde el punto de vista *cognitivo*, la retórica puede proporcionar esquemas eurísticamente válidos para captar los múltiples aspectos de la realidad.

Desde el punto de vista *metodológico*, se asocia con la apertura crítica

Desde el punto de vista *ético*, se vincula con la prudencia y el antiautoritarismo.

Desde el punto de vista *social*, es a la vez índice y promotora de apertura mental o –si queremos decirlo “retóricamente”, en el tradicional sentido del término –de antidogmatismo, democracia, tolerancia.

## **FILOSOFÍA Y RETÓRICA EN EL DEBATE**

Estas cuatro dimensiones de la retórica y la retórica misma caracterizan esa peculiar actividad humana que distingue al hombre, a saber, el proceso de discutir/debatir.

También en un debate se pueden funcionalmente distinguir una dimensión lógico-cognitiva, una metodológica, una ética y una social.

El debate es la tercera vía entre el monólogo y el diálogo, la tercera opción entre un dúo y un duelo. Un ping-pong de razones que rebotan de una parte a otra parece una alternativa válida a la indiferencia y a la confrontación.

Y si la meta de una buena discusión es transformar una contraposición de argumentos (un pro y un contra, un “x vale tanto como y”) en un módulo selectivo (un pro o un contra, un “x es mejor que y porque”) que permita una evaluación ponderada y luego una elección entre dos posiciones, es parte de ella tanto una dimensión filosófica como una dimensión retórica.

En la dimensión filosófica se incluyen las reglas y los deberes “dialécticos” (lógicos y éticos) del contendiente, que actúan en el nivel normativo (lo que se debe hacer).

En la dimensión retórica se ubican las estrategias y los derechos “oratorios” (comportamentales y sociales) del contendiente, individualizados sobre el plano descriptivo (lo que hace).

Tenemos reglas de la discusión honesta y leal y estrategias del hábil polemista, y en consecuencia dos niveles de análisis, el normativo y el descriptivo.

El nivel descriptivo se incluye una representación realista de una situación concreta, el nivel normativo nos ofrece un código de conducta para obtener lo máximo y lo mejor de un debate, con el fin de elaborar un conjunto de herramientas útiles y no utópicas para quien discute.

Las reglas y los derechos “filosóficos” codificados del debate son del tipo:

1. No te creas infalible.
2. Busca un punto de partida común.
3. Involúcrate en lo que consideres verdadero.
4. Presenta las pruebas solicitadas por tu interlocutor.
5. No te escapes de las objeciones.
6. No descargues la carga de la prueba.
7. Sé pertinente.
8. Sé claro.
9. No deformes la posición de la contraparte.
10. En caso de duda, si es posible suspende el juicio.

¿Pero qué hacer si el adversario no respeta estas reglas y deberes? Las hipotéticas respuestas que conlleva este problema no han sido hasta ahora adecuadamente consideradas en el proceso educativo.

Un decálogo adicional –no un contradecálogo– de estrategias y derechos “retóricos” podría ser el siguiente.

1. Tenemos el derecho de dudar de todo.

2. Tenemos el derecho de no explicitar los hechos y los argumentos desfavorables.
3. Tenemos el derecho de sustraernos a la estrategia del adversario.
4. Tenemos el derecho de defender nuestras tesis y nuestras posiciones.
5. Tenemos el derecho de finalizar nuestro discurso. (Derecho elemental, pero no siempre reconocido cuando se discute).
6. Tenemos el derecho de aspirar a la victoria.
7. Tenemos el derecho de usar nuestros argumentos.
8. Tenemos el derecho de dirigirnos a una tercera parte (juez, público, mediador).
9. Tenemos el derecho de ser juzgados por lo que decimos y no por aquello que hayamos hecho.
10. Tenemos el derecho de cambiar de acuerdo con la contraparte las reglas de la discusión. El debate es en efecto el único juego en el que las reglas pueden ser establecidas y acordadas por los jugadores.

Estas son las estrategias descriptivas de un intercambio real que se agregan a las reglas normativas de una discusión ideal.

Tenemos necesidad de derechos y de deberes, de reglas y de estrategias. Decía John Stuart Mill en su obra dedicada a la libertad de palabra y de expresión: son necesarios, al mismo tiempo, el orden y la revolución, la igualdad y la propiedad, la cooperación y la competencia porque uno limita recíprocamente los excesos del otro: cada uno de estos modos de pensar/actuar deriva su utilidad de la carencia del otro (Mill, 2010).

Lógica y retórica, demostración y argumentación van de la mano en el debate. El orador y el contendiente deben estar equipados tanto con herramientas lógicas como con herramientas retóricas. No basta con pensar bien: es preciso hablar bien. Se necesita tener razón, se necesita saber expresarla, se necesita tener éxito en hacerla reconocida.

En un debate el problema consiste no tanto en el uso de ardidés retóricos (lo que parece inevitable), sino en el hecho de que quienes participan de él no sean capaces de individualizar y de neutralizar las falacias, intencionales o involuntarias, los errores, los trucos. Si uno se sirve de ardidés retóricos, será tarea de la contraparte identificarlos y replicarlos.

Ciertamente, a menudo quien discute es descaradamente parcial, tergiversa la opinión adversa, quizás de buena fe. En las discusiones acaloradas el polemista recurre intencionalmente a las invectivas, el sarcasmo, ataque personales, ardidés desleales. Pero lo que decía Martin Luther King a propósito de los derechos civiles es aplicable también al debate que se pretende civilizado: “Lo que debe preocupar no es el grito de la gente brutal, sino el silencio de los honestos”.

Por supuesto que la unión de comunicación y conocimiento, la combinación del arte de la palabra y ciencia es el ideal deseable: *sapientia cum eloquentia* y *eloquentia cum sapientia* era el célebre quiasmo ciceroniano (*De Inventione*, I, 1). Aquella prodigiosa alianza entre pensamiento y palabra que habían pretendido los antiguos fue rota por los “discípulos de Sócrates de quienes se distanciaron los oradores y los privaron del nombre de filósofos, que antes era común a unos y a otros” (*De Oratore*, III, 19, 73).

El restablecimiento de aquella admirable alianza representaría también el significado, la función y la fuerza del *logos*, concepto crucial devenido ambiguo. No razón o palabra, sino razón y palabra, vale decir aquel *logos* “que nos ha permitido perfeccionar casi todo lo que hemos adquirido civilmente. En efecto, es el *logos* el que nos ha facilitado los criterios de lo justo y de lo injusto, de lo honesto y de lo deshonesto, principios sin los cuales no estaríamos preparados para vivir en sociedad...el hablar bien es para nosotros la prueba más segura de pensar bien.. Es gracias al *logos* que discutimos sobre lo controvertido y que indagamos en lo que es oscuro. En una palabra, todas las acciones y los pensamientos constituyen al *logos* como principio y aquellos que se sirven de él son los más sabios de todos los hombres” (Isócrates, *Antidosis*, 254-257).

Por ello Isócrates exigía para el orador el título de “filósofo”, porque a su juicio la altura filosófica era alcanzada gracias a la elocuencia oratoria.

Si un buen uso de la palabra es el indicio más seguro de un buen razonamiento, como dice de modo interesado pero aceptable Isócrates, un buen uso del debate es el signo más seguro de una buena sociedad, porque, podríamos decir, con Kimball (1995: XIX), “Sócrates tenía razón si hablamos de la verdad, los oradores tenían razón si hablamos de la sociedad”.

Debatir es un arte liberal y liberador. La persona “perfectamente educada en todas aquellas artes que son dignas de un ciudadano libre” es quien ha adquirido la libertad de



pensar, la libertad de decir y, lo que es más importante aún, la libertad de contraargumentar en una comunidad en la que se valora al máximo el pensamiento independiente, la “comprensión” (en su doble sentido de “acto de comprensión” y de “acto de hacer propio”) con el fin de utilizar lo mejor de lo que ha sido pensado y dicho en el mundo.

Cicerón plantea en el inicio de su *De Inventione* (1, 1) este interrogante: si ha sido mayor el bien o el mal que han causado a la sociedad y a los hombres la *copia dicendi* y la *eloquentiae studium*, es decir la retórica.

Sobre la base de las consideraciones precedentes, nuestra respuesta es: la retórica ha causado daños, pero puede ser beneficiosa si una libertad/habilidad suficiente de palabra (*parresia*) es distribuida de manera suficientemente equitativa e igualitaria (*isegoria*). Esta feliz combinación se logra con la introducción en el escenario filosófico, junto al pensador-protagonista, de un segundo personaje que cumple el papel de antagonista, de interlocutor o de opositor, y en la escena pedagógico-social con la introducción de una adecuada educación filosófica combinada con una formación en el debate, como se produjo en la buena tradición de la *disputatio* escolástica medieval.

Filosofía retórica y retórica filosófica pueden parecer dos oxímoron. Es cierto que la retórica es más una arena pasional, que lo filosófico es más un laboratorio ascético. En una arena predominan las pasiones, en un laboratorio cuentan los datos. En la primera las conclusiones son alcanzadas mediante las deliberaciones, en el segundo son el resultado de una inferencia lógica.

En efecto, hay mucha retórica en la filosofía y hay mucha filosofía en la retórica. De hecho, toda filosofía es retórica. Y un filósofo es un orador-rétor casi siempre sin su conocimiento.

Como la retórica, la filosofía es un medio y no un fin. Es un instrumento. Un instrumento para pensar autónomamente (con la propia cabeza) y reactivamente (en modo nuevo y fructífero), para producir argumentos convincentes o al menos persuasivos y para juzgar de modo crítico (en el doble sentido que tiene el término “crítico”, es decir en modo evaluativo y en modo polémico-opositivo).

Como la dialéctica, la filosofía es similar a la retórica y diversa de ella, es su análogo y contraparte. A su vez, la retórica está tanto subordinada como coordinada respecto de la filosofía. Es su *antistrophos*, para retomar el discutido término introducido por Aristóteles

para designar la problemática relación que hay entre la dialéctica y la retórica. Relación que expresaré de este modo: ambas utilizan la misma estructura inferencial, pero mientras la filosofía debería partir de las premisas para obtener una conclusión convincente, la retórica parte de la conclusión, que es ya certeza del rétor, para buscar u explicitar las premisas que hacen tal conclusión aceptable para el auditorio.

En retórica se aceptan las conclusiones que se presume son sostenidas y legitimadas por ciertas premisas, mientras en filosofía se aceptan las premisas que se presume sostienen y legitiman una conclusión. En uno y otro caso se parte de supuestos que es necesario justificar, no de datos. Y la justificación se construye en el debate o, mejor, en aquello que en un tiempo se llamaba la *disputatio*.

Alguna vez existió la *disputatio*, que combinaba diálogo y polémica, razón y astucias de la razón, comprensión y persuasión.

¿Podrá la disputa volver a ser, como en los tiempos pasados, la forma del diálogo y el medio de educación para el diálogo? ¿Retornarán, junto con los rétores, los litigantes felices? A pesar de que nunca más volverá una época histórica en la que la retórica era, con la filosofía, la cumbre más elevada de la educación y del saber, una buena teoría y una buena práctica de la argumentación pueden reconstruir el equilibrio del quiasmo ciceroniano *sapientia cum eloquentia, eloquentia cum sapientia*.

El diálogo debe ser siempre elogiado: el diálogo es la actitud correcta para quien vive en comunidad. Pero debe elogiarse siempre también la polémica: la polémica es la actitud correcta para quien quiere comprender.

La actitud *dialógica-cooperativa* es más afín a un espíritu de verificación: la discusión desde una óptica cooperativa intenta encontrar las soluciones más aceptables o las conclusiones más compartidas. La actitud *polémica-competitiva*, en cambio, corresponde a un espíritu de falsificación, para el que la discusión sirve de filtro para identificar las deficiencias y los límites de las propuestas.

¿Concordia o verdad? ¿*Pax aut veritas*? Sin necesariamente tener que realizar una inversión de valores a lo Nietzsche, una combinación de estos dos requisitos parece posible y es necesaria.

Es *posible* si consideramos los aspectos dialógicos inherentes a la controversia y al debate polémico: quien acepta discutir con alguien le reconoce valor como interlocutor, lo

escucha y considera su punto de vista y, defendiendo las propias ideas, intenta refutar las del otro.

Es *necesaria* si aspiramos a una verdad que debe buscarse y no a una verdad que debe ser transmitida o revelada. No sólo la verdad nos hace libres, según el mandato evangélico, sino también la simple búsqueda de la verdad.

El modelo educativo contemporáneo se inspira naturalmente más en los ideales filosóficos que en los oratorio-retóricos. Pero no ha sido siempre así. En el pasado la cultura pedagógica ha sido deudora más de pensadores como Isócrates, Cicerón y Quintiliano que de Sócrates, Paltón y Aristóteles.

Aristóteles había anticipado y buscó resolver el problema del *decir bien* del filósofo (decir lo verdadero y lo justo) y *decir bien* del rétor (el decir persuasivo), definiendo la retórica como “la facultad de descubrir lo que hay de persuasivo en cada discurso”. Aristóteles por consiguiente entendía la retórica no como el arte de persuadir, sino como la capacidad de descubrir todo lo que tiene una función persuasiva. Una distinción similar en los años sesenta del siglo pasado consistía en distinguir *la ciencia* de los *usos de la ciencia*, por más portencialmente perversos y mortíferos fueran dichos usos. Pero para muchos puede parecer más bien una solución-escapatoria que una respuesta en verdad categórica.

Podemos tal vez dar un paso adelante respecto de esa mera distinción, en dirección a una posible integración.

Como decíamos, los filósofos apuntan a la verdad en sí, mientras los oradores tienen en mente la verdad dentro de una comunidad: la verdad es un valor filosófico, mientras la negociación y la educación discursivas son valores sociales; y los dos valores deben ser armonizados si se aspira a una educación liberal. Se puede y se debe hacerlo, si se concibe a la educación no como un proceso mediante el cual se imparte la verdad, sino como un proceso que favorece la búsqueda de la verdad.

Recapitulando: mientras esperamos que todos los hombres buenos se conviertan en inteligentes, y todos los inteligentes en buenos, se puede aspirar al menos a que los filósofos devengan un poco más oradores y adquieran conciencia de su propia retoricidad y que los oradores devengan un poco más filósofos y adquieran conciencia de que son algo más que teóricos y practicantes de la retórica.

*Hablar bien* es indicio y causa de *pensar bien*. *Pensar bien* significa también *pesar* los pro y los contra, confrontándose con los otros *dialógicamente* o *polémicamente*. Esto es, pensar bien es también argumentar y contraargumentar. Y la argumentación es el instrumento típico de la retórica y de la filosofía. En esta circularidad reside, reitero, la relación entre filosofía y retórica: argumentar es una operación que tiene naturaleza puramente retórica y tiene finalidad netamente filosófica.

Por esta razón consideramos que una “Palestra di botta e risposta” en la que se ejercite la “disputa filosófica” como práctica didáctica de formación en el debate en la escuela (Nicolli e Cattani, 2008) es útil, valiosa y necesaria.

## BIBLIOGRAFÍA

- GRASSI, E. (1980); *Rhetoric as Philosophy. The Humanist Tradition*. Pennsylvania: University Park, Pennsylvania State University.
- HAWKING, S. e MLODINOW, L. (2010); *Il grande disegno*. Milano: Mondadori.
- ISOCRATE (1991); *Antidosis*, in *Opere*, a cura di Mario Luzi, v. II. Torino: UTET.
- KANT, I. (2005); *Critica della Ragion Pura*, II, cap. II, sez. III. Roma: Laterza.
- (2006); *Critica del Giudizio*, Sez. I, libro 1. Roma: Laterza.
- KIMBALL, B. (1995); “Prefazione” in *Orators & Philosophers. A History of the Idea of Liberal Education*. New York: The College Entrance Examination Board.
- LOCKE, J. (1974); *An Essay concerning human understanding*, v. II, ed. and intr. by John W. Yolton. London/New York: Dent/Dutton.
- MASON, J. (1989); *Philosophical rhetoric. The function of indirection in philosophical writing*. London and New York: Routledge.
- MILL, J. S. (2010); *On liberty and other writings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- NICOLLI, S. e CATTANI, A. (2008); *Palestra di botta e risposta. La disputa filosofica formazione al dibattito nella scuola*. Padova: Cleup.
- NIETZSCHE, F. (1912); *Werke*, XVIII. Leipzig: Kroener Verlag.

RECIBIDO: 10/07/2011 | ACEPTADO: 29/07/2011